

VII.

LOS POBRES DE LEVITA.

No ignoro que el tema está manoseado y por consecuencia que es muy difícil cuando no imposible decir algo nuevo sobre la materia. Este es el gran inconveniente con que luchamos los que hemos venido al mundo cuando todo se ha dicho, por cuya razón puede decir que ha puesto una pica en Flandes el que logre ser completamente original en achaques de literatura.—Sin embargo, paréceme que en la clase numerosa que constituyen los pobres de levita, existe un grupo de importancia que nadie ha tomado aún por su cuenta, quizá por lo nuevo, y el cual no debe pasar desapercibido, tanto por la naturaleza de su reciente origen cuanto por la influencia que ejerce en las costumbres de la actual generación.

Un autor aplaudido en ocasiones y en ocasiones silbado, pero cuyo mérito, al ménos relativo, creo indiscutible, ha puesto á discusión sobre la

escena dramática, en una obra realmente bella, el tema siguiente:

«La levita, ¿es signo de educacion, de distincion, ó de posicion?»

De la respuesta que muchos de los que usan dicha prenda dan á esta pregunta, pudieran resultar detalladas las muchas especies de pobres que existen; que tambien entre los pobres de levita hay notabilísimas distinciones.—Prescindiendo yo, por el respeto que me merecen y la consideracion á que son acreedores, de los verdaderos pobres de la clase media, nérvio de la sociedad en todas las épocas de la historia desde la aparicion de esta fuerza inteligente y numerosa, en los cuales la levita es signo de distincion, genéricamente hablando, voy á ocuparme tan solo de esos que bien pudiera llamar *usurpadores de estado social*, y en los cuales aquella prenda es un viviente anacronismo, si vale la palabra, que no debe valer.

Los pobres de levita sometidos hoy á la accion de mi *férula* han salido (sin órden de nadie) de esa clase honrada y benemérita que en un tiempo se llamó *plebe*, luego *estado llano* y más tarde *cuarto estado*.—Son artesanos, aprendieron un oficio que les producía para vivir con arreglo á sus necesidades, vistieron con gusto y hasta con orgullo la blusa y la chaqueta, vivieron

tranquilos, resignados, sin ambiciones ruines ni pasiones bastardas,

ni envidiados ni envidiosos,

hasta que la política, esa ocupacion de la época moderna, esa monomanía de nuestro siglo, madre para unos, madrastra para otros, vino á sacarlos de sus casillas despertándoles del sueño profundo y casi patriarcal en que yacian.

El deseo de lo desconocido, que muchas veces pierde al hombre (y tambien á la mujer), les sacó de su propia esfera.—Al encontrarse de la noche á la mañana, por virtud de una revolucion trascendental, *electores* y *elegibles*, lejos de limitarse, como debian, á ejercer sus derechos con conciencia é independencia verdaderas, cuidando de elegir sus representantes entre aquellas personas de mayor ilustracion y probada moralidad que promovieran y realizaran la felicidad de la pátria, se hicieron agentes electorales, se agitaron en la lucha de los comicios, intrigaron y pelearon contra la ley, y por fin consiguieron, abusivamente, *traer* á las Córtes una respetable cantidad de personajes meramente políticos, de esos que apenas si saben que en todas las naciones hay intereses materiales de los cuales deben ocuparse los legisladores preferentemente.—Andando el tiempo estos personajes llegaron al poder (¡como que no se ocuparon de

otra cosa!), y, siguiendo la costumbre de antiguo establecida, repartieron credenciales á diestro y siniestro.

Aquellos artesanos se creyeron con más derecho que nadie á disfrutar del botin, hicieron valer sus méritos en largas hojas de servicio, reclamaron con energía y obtuvieron lo que deseaban. No habia en el rincon de sus provincias respectivas espacio suficiente para ellos y sentaron sus reales en Madrid, trocando al punto los útiles de su profesion por la pluma y el raspador del oficinista, el sombrero hongo por el de copa, el trabajo material por el de la *inteligencia*, la chaqueta, en fin, por la levita. La industria y el comercio perdieron auxiliares poderosos, la administracion pública adquirió algunas nulidades, el servicio empeoró de una manera pasmosa y... total: resultaron algunos pobres de levita.—Pero no precipitemos los sucesos: hay que decir cómo y por qué resultaron tales pobres, nuevo adorno de esta famosa capital.

Al salir estos hombres de su propia esfera rompieron con todos sus antiguos hábitos, se crearon nuevas necesidades, y notaron, sin gran esfuerzo, que en el cambio habian ganado mucho, que habia una muy notable diferencia entre la vida del empleado público y la del trabajador, é hicieron el firme propósito de no volver

por nada ni por nadie á su primitivo estado. (Esto de estado primitivo puede entenderse de las dos maneras.) Pero la fortuna, mudable y veleidosa (como mujer), llevó el poder y las delicias á él anejas á manos de otros hombres; los artesanos á que me refiero quedaron cesantes (quizá para colocar en sus puestos individuos de la misma clase) y, como habian formado el propósito de no volver á trabajar, se dedicaron entonces á la *carrera de cesantes*, se hicieron conspiradores, bulliciosos, y por último y como remate de fiesta, pobres de levita. Hé ahí el tipo en todo su esplendor y magnificencia.

—¡Hijos legítimos de la moderna revolucion, nuevo elemento de desórden en todos los órdenes de la vida,—principalmente en el económico,—nueva clase social que pesa casi de manera exclusiva sobre esta córte, alegre y expansiva de suyo, nueva irrupcion de *bárbaros* (entiéndese tambien de todas clases): yo os saludo, con regocijo despues de todo, porque con vosotros y por vosotros veo aparecer el período álgido de una enfermedad que ya empieza á llamar la atencion de los que pagan y no cobran y cuyo remedio urge por instantes!

El pobre de levita de que me voy ocupando le reconocereis inmediatamente entre el bullicio de una procesion ó el escarceo de una *ejecucion* en

el Campo de Guardias, más que por otra cosa, por la levita que lleva puesta, y más que por ésta todavía, por el aire *marcial* que imprime á su gentil persona la citada prenda, que aún no ha podido ni podrá nunca establecer buenas y armónicas relaciones con su dueño, que más que dueño es tirano.

Como la sola ocupacion de este tipo consiste en *esperar* que caiga el Ministerio para que suban los que él llama modestamente sus amigos, le encontrareis en todas partes y á todas horas hablando mal del gobierno, inventando noticias de crisis, comentando el estado deplorable de los valores en Bolsa, cosa de la cual no entiende palabra, creyendo con una candidez patriarcal que sus tiros dan en el blanco, y que si *su partido* tarda en llegar á las alturas olímpicas del poder, *sus adversarios* habrán de llamarle para comprar su silencio con un buen destino.—Excuso decir que esto último jamás se realiza, por cuya razon, y de etapa en etapa, cae el pobre de levita en un extremo peligroso, peligrosísimo.

Como no tiene aptitud ni medios para ganarse la subsistencia fuera del destino y de su antigua ocupacion, de la que no quiere acordarse siquiera; como el *esperar* no produce nada, al ménos que yo sepa, y como la holganza rebaja los caracteres y el sentido moral de los hombres hasta

un nivel indescriptible, dá en la *gracia* de pedir dinero á todo el mundo,

 fingiendo historias y contando lástimas
 que ablandaran los bronces y las peñas,
y lo que en una persona delicada es martirio insufrible, es para él ocupacion fácil y amena, llegando á adquirir el convencimiento de que no hay mejor manera de *buscársela* que aquella que sintetiza esta frase que envuelve un problema tan complejo como pavoroso: «Vivir sobre el país.»

Cuando el hombre ha llegado á tal extremo ya está dejado de la mano de Dios, como suele decirse; emprende una lucha desesperada contra la sociedad, de cuya viciosa organizacion se queja amargamente, cuando él contribuye poderosamente á desorganizarla, y como las armas no son iguales, él es al fin vencido; del estado de pobre de levita pasa á la condicion de *caballero de industria* (toscamente formado), se hace jugador, petardista, recorre todas las gradaciones del vicio, y viene á terminar su vida en el hospital ó en el Saladero.

Si no tiene valor ó maldad suficiente para lanzarse á tales escollos y continúa siendo lo que se llama un buen hombre, llega al último grado de la miseria, desciende de la categoría de pobre de levita á la de mendigo vulgar, arrastra una exis-

tencia peor que la misma muerte, y acaba su carrera en el Pardo: su levita no es ya signo de posicion, de educacion ni de distincion; ha perdido completamente el pelo y la forma; recuerda involuntariamente una generacion que ya descansa en la sacramental de San Luis, y vá pregonando por todas partes la inestabilidad de las cosas humanas, lo pasajero de los goces mundanales, y el justo castigo que sufre el que indebidamente la lleva contra su voluntad y contra las leyes del destino.

Si el tipo de que me ocupo no tiene familia, y por tanto no tiene que atender más que á su persona, aunque pasa ratos muy desagradables, no es, sin embargo, su situacion de las más apuradas. El cuadro se oscurece de negras tintas, hasta el extremo de ser imposible su presentacion ante el público, cuando estos pobres de espíritu y de inteligencia tienen familia y ésta la constituyen una esposa y varios hijos, séres desgraciados que sufren el castigo de una falta que no cometieron, víctimas inocentes del más culpable de los extravíos, y eterno remordimiento que debe por siempre resonar en la conciencia del insensato que tan inmensa desgracia causara. En este caso, el pobre de levita que ha venido á serlo por su propia voluntad, merece la execracion de todas las personas honradas... y hasta

diria la condenacion eterna, si yo creyera en ella más allá de la muerte de la materia.

Vistos por el lado cómico, único que debe tomarse de estos personajes grotescos, la caricatura es acabada y digna en un todo del lápiz de un artista consumado. Juzgado físicamente, fluctúa entre el mozo de cordel y el hortera de la calle de Toledo, que es el tipo primitivo del hortera genérico, sin que realmente pueda afirmarse de cuál de los dos está más cerca. Intelectualmente, es el término medio entre el cochero de plaza y el vendedor de piedras de afilar.—Así y todo, han llegado á formar grupo, á constituir clase, á causar estado, como se dice en términos jurídicos.

Me parece haberte descrito, lector benévolo, aunque á grandes trazos, una de las especies más interesantes de esa familia numerosísima que forman los pobres de levita; y hasta creo poder afirmar que este tipo es esencialmente madrileño, ó por mejor decir, que aquí únicamente existe con perfiles y detalles dignos de reproduccion.—Una vez conocido, guárdate de sus impertinencias, y principalmente pon tu bolsa al abrigo de sus necesidades. No es mucho exigir del instinto previsor que te caracteriza.



VIII.

LOS MALDICIENTES.

Segun la frase feliz de mi amigo el inspirado poeta Antonio Fernandez Grilo, «hay gentes que padecen indigestiones de alegrías ajenas,» padecimiento moral que viene á retratar de una sola pincelada esa polilla de la sociedad conocida con el nombre de maldicientes.

Parece como que los detractores por sistema, son de naturaleza distinta que las demás criaturas, representando sobre la tierra algo más infame y repugnante que la figura de Cain, que si aquel mató á su propio hermano, al fin tuvo el valor de su crimen, mientras que los murmuradores, los calumniadores, los maldicientes, en una palabra, asesinan de continuo la honra ajena y deprimen el ajeno mérito á sangre fria, con perfecta impunidad casi siempre, y sin haber re-

cibido insultos ni ofensas de las personas á quienes hieren por la espalda.

Han adquirido la costumbre de hablar mal de todo, personas y cosas, y en ejercicio tan miserable recrean su ánimo y deleitan sus sentidos con la misma regularidad que emplea el reptil para escupir su veneno.

Es más difícil comprender la virtud que sentirla y practicarla: y como la primera cualidad del maldiciente es la absoluta carencia de sentido moral, de aquí que, no estando en condiciones de poder comprender la virtud, no crea en ella, y no creyendo, no solo es fácil sino lógico que la niegue.

Por esta razón los maldicientes son más temibles que en ninguna otra parte en los círculos íntimos de la sociedad y de la familia, donde se habla de la virtud de las mujeres, de sus actos de abnegación, de su sensibilidad y de su constancia. Para ellos no hay hija obediente, ni hermana cariñosa, ni esposa fiel, ni madre que llegue al sacrificio. No piensan que de la mujer han nacido y que á la mujer habrán de unirse por ley de naturaleza.

El oír tan solo pronunciar un nombre de mujer, aunque no la conozcan, arranca á sus labios una sonrisa maliciosa y compasiva, trás de la cual se dibuja claramente la idea del ensaña-

miento y el propósito de hacer daño que no se aparta un punto de su corazón y de su mente. Después de la sonrisa, toma la palabra, y, si se habla de veinte mujeres, veinte *historias* odiosas y repugnantes, hijas de la más maquiavélica invención, salen á relucir, con tal riqueza de detalles y tan vigoroso colorido que parecen verdaderas, y que las más de las veces cree el mundo sin la menor dificultad.

Dijérase que los *maldicientes*, en su ódio á la humanidad, tienen una predilección satánica por la mujer, prodigándola una especie de refinamiento de encono, quizá por ser la mujer la imagen más bella de la tierra y por lo mismo el más saliente contraste de la deformidad. Y como las deformidades morales son las más repulsivas á la estética del alma, por una asociación sencilla de ideas, ó más bien por una correlación, vendremos á explicarnos de alguna manera ese lujo de ódio que los maldicientes sienten hácia la mujer.

Es muy posible, dada su condición, que no sean afortunados en sus empresas amorosas, que el instinto de la mujer se engaña pocas veces, y en tal concepto, así como el murciélago ódia la luz, el maldiciente ódie á la mujer, porque la luz de su hermosura y su virtud lastimen su tenebrosa vista. En este caso, nada más lógico,

segun ellos, que calumniarlas inventando las más absurdas novelas.

Porque eso sí, los maldicientes son hombres de imaginacion, y poseen el don de la inventiva de un modo verdaderamente asombroso.

Ésta engaña á su marido, aquella se burla de su amante, la otra es querida de Fulano, la de más allá se escapó con Zutanito, y así sucesivamente van pasando revista y resulta, segun sus juicios, que no hay una mujer buena bajo la capa del cielo, que dice el vulgo.

Cuando los maldicientes tienen la desgracia de encontrarse en minoría en una reunion—cosa que raras veces ocurre—y predomina una tendencia bondadosa, y se habla bien de los ausentes, ellos, cuyo temperamento pacífico no les permite chocar con nadie, se dejan arrastrar de la opinion de la mayoría, aunque sin renunciar por completo á sus aficiones predilectas.

Elogian sin reserva y hasta con entusiasmo á las personas cuyos nombres se traen á discusion; más despues del elogio siempre han de encontrar un *pero* que atenúe ó destruya las alabanzas.

Se trata, por ejemplo, de una mujer: todos han convenido en que es buena y hacendosa: el maldiciente lo confirma. «¿Quién, Fulana?»—dice.—«¡Qué virtuosa, qué honrada, qué recogida!..... *Pero*..... es lástima que con tan brillantes

cualidades tenga tan insoportable génio, tan irascible carácter. Su marido,—lo sé de buena tinta,—estuvo á punto de suicidarse el otro dia por no poder sufrirla. Repito que es una lástima; *pero.....*»

Y de manera tan sencilla, con tanta ingenuidad, al parecer, oscurece el mérito de aquellas personas que abiertamente no puede calumniar. Renuncia á la mitad de su tarea: por completo no renuncia nunca. Primero moriria de pena que admitir la existencia de un ser verdaderamente bueno y agradable.

El *pero* del maldiciente es, como si dijéramos, su última trinchera y de ahí no hay fuerza humana que pueda desalojarle: es el único grado de *bondad* relativa que cabe en su corazon, y harto se violenta cuando tiene que contentarse con arañar siendo el morder su ocupacion favorita.

Tratándose de los hombres, dicho se está que ninguno es honrado, que nadie tiene talento, que todos carecen de buenas cualidades y que no ha habido quien lleve á cabo una accion generosa. Las grandes obras y los hechos notables se han producido por obra y gracia del Espíritu-Santo.

Si entran los maldicientes en una exposicion de pinturas, no hallan un cuadro bueno y los

premios se han concedido á la influencia y al favoritismo, de ninguna manera al mérito de los lienzos.

Si visitan una biblioteca—y el que esto escribe ha presenciado algunas de esas visitas—solamente celebran los libros de aquellos escritores que han fallecido—convencidos sin duda de lo inútil que es censurar á los muertos—ensañándose rabiosamente en las obras de sus contemporáneos vivos y flamantes, para perjudicarles de alguna manera.

Si asisten al teatro y la obra representada es aplaudida, el público es un ignorante y el autor un bárbaro, puesto que el drama está plagado de defectos, y no merece los honores de la representación.

Hay que advertir, despues de todo esto, que los verdaderos ignorantes, los que todo lo critican sin entender nada de nada, son los maldicientes. ¿Cuáles son sus obras? ¿Dónde estan las muestras de su talento? Quizás porque la ingrata naturaleza les negó todos sus dones, quizás porque la impotencia y la envidia los devora, se han dedicado á morder á los demás ya que no sirven para otra cosa.—No son enteramente perjudiciarles en este sentido. Si se dedicaran exclusivamente á criticar las obras de arte, podria perdonárseles este vicio, toda vez que esas obras

fijan la atención pública, si son buenas, á pesar de cuanto malo se diga de ellas.

Cuando merecen severo correctivo y castigo ejemplar, es al penetrar en el vedado terreno de la vida privada para manchar la honra ajena: cuando afirman con el mayor aplomo que una esposa es adúltera, que un marido es *complaciente*, que un empleado público es inmoral y que la riqueza de un comerciante no ha sido bien adquirida, sin otros datos que su deseo de causar daño.

Los maldicientes se aclimatan en nuestra sociedad por culpa de la sociedad misma, y á ella es principalmente á quien debe culparse de los males que causan y de la impunidad que disfrutan.

Así como cada pueblo tiene el gobierno que merece, en cada generacion preponderan los vicios que la misma generacion alimenta.

Bajo este punto de vista, *los maldicientes* son un castigo merecido al estado social que los tolera. Por eso no se comprenden algunas quejas que contra ellos se formulan. Mas lógico seria aplastar los reptiles, que quejarse de sus mordeduras despues de haberles prestado confortable abrigo.



IX.

LOS PUBLICISTAS DE DOUBLÉ.

El uso lo trastorna todo y hay ocasiones, como la presente, en que va contra el Diccionario de la Academia. Este libro, utilísimo y hasta monumental, define el publicista diciendo que es: «Profesor ó escritor de derecho;» pero la costumbre, sin negar al publicista estas cualidades le atribuye otras muchas, y se da frecuentemente el caso de encontrar muchos publicistas que no saben una palabra de derecho y que, aunque pasen por escritores, bien juzgados en tal concepto se ve que tampoco saben escribir. Entre nosotros, publicista es sinónimo de hombre público, y hombre público todo aquel que se ocupa de política ó de literatura, aunque sea como simple gacetillero de un periódico simple, ó trazando renglones desiguales que puedan dignamen-

te competir con las famosas coplas de Perico el Ciego.

Por las tintas generales de estos cuadros presumirá el lector que, al ocuparme de los publicistas, no he de gastar mi tiempo y su paciencia (la paciencia del lector) en bosquejar aquí el retrato de los que en justicia merecen este título en su calidad de hombres de Estado eminentes ó de literatos insignes. Mi tarea, aunque modesta, es más provechosa: consistirá en sacar á la pública vergüenza (si esto es posible) los falsos publicistas, los publicistas que no lo son, los *publicistas de doublé*, en una palabra.

¿No los habeis visto? Por sus obras los colocareis, como dice el Evangelio.—En los períodos revolucionarios se halla un *publicista* á cada paso, al volver de cada esquina, en el primer club ó comité de distrito. Generalmente ellos son los que pierden las revoluciones con más ansiedad esperadas y de mayor justificacion en la historia, arrastrando las incultas masas al torbellino del desórden y al camino de la perdicion. Son los autores de todo motin, los ídolos de toda demagogia, los padres de la anarquía. Eternos declamadores y cómicos eternos, sienten la passion de la elocuencia, mejor dicho, aspiran á sentirla, y como nunca ven satisfecha esta su primera ambicion, se apodera de sus corazones el

sentimiento de la envidia, odian á todo el que posee medianamente el arte de la oratoria, y, como no son posibles ni la lucha ni la competencia en la region de la ciencia y de las ideas ante públicos ilustrados, se van por otro camino, exageran notablemente las conclusiones de todos los sistemas, sustituyen el raciocinio con la palabrería, adquieren una verbosidad pasmosa, capaz de taladrar los oídos á la estatua del Comendador, y adulan servilmente todas las malas pasiones, todos los instintos perversos de la multitud.

El *publicista de doublé* es periodista, literato, orador, hombre de partido y conspirador; todo en una pieza. Sin talento, sin instruccion, sin virtudes públicas ni privadas, posee, sin embargo, una gran cualidad á la que debe en ocasiones su pasajero encumbramiento, que pasajero ha de ser tratándose de tipos de su calaña: tiene una grandísima actividad, se encuentra en todas partes, hace toda clase de papeles y se somete á todo linaje de circunstancias. Cuando mendiga favores es adulator hasta el servilismo; cuando de él se solicita el más pequeño servicio es altivo hasta la grosería. El egoismo es la norma de su vida; la ingratitud el vicio que germina en sus entrañas. Su ambicion satánica y bastarda le mantiene perpétuamente en ridículo entre los

hombres de verdadero talento y no afectada modestia, y sólo el vulgo nécio, que dijo Lope, le admira y le acepta como publicista. En el periódico donde escribe redacta y publica sueltos hiperbólicos elogiando lo que él llama sus obras, muchas de las cuales son imaginarias, y las que realmente ha producido son, á lo sumo, cuando son algo, una paráfrasis desdichada, un plagio insulso de lo que otros escritores han dicho y repetido hasta la saciedad.

«El estilo es el hombre.»—Montaigne lo ha dicho y hay que repetirlo. El estilo del *publicista de doublé* es su propia personalidad: hinchado, hueco, afectado, campanudo; con un amaneramiento que raya en lo increíble y una ampulosidad que marea. No hay que buscar en el fondo de sus escritos ni una idea, ni un raciocinio que acusen la más lijera chispa, no ya de talento, pero ni siquiera de sentido comun. He dicho fondo y debo rectificar; los escritos de esa gente no tienen fondo, propiamente hablando, y en cuanto á la forma, que así hemos de llamar al empedrado de palabras que brotan de su impacable pluma, me parece que con lo dicho basta para poder aquilatar su *mérito*. De estos *publicistas* ha nacido el famoso *volvamos en sí* de un periódico no ménos famoso, el *lápsus plume*, la *samarra de Adan*, el hombre embozado en un rin-

con y tantos otros desatinos que corren de boca en boca haciendo las delicias de críticos y gramáticos.

El *publicista de doublé* habla en todos los clubs, en tiempos de *bullanga* (que así puede y debe decirse cuando el poder transige con la demagogia en perjuicio del sosiego público) ó pertenece á todas las sociedades científicas y literarias cuando las demasías de abajo engendran la dictadura de arriba, y obligan á la sociedad á pasar por esos períodos de silencio y de resistencia tan frecuentes en nuestro país y que tan desdichada idea dan de la cultura de una nacion. Él, el publicista, lo que desea ante todo y sobre todo, es exhibirse; pronunciar discursos, publicar artículos, confeccionar libros, y luego hacer públicos elogios de sus talentos y de sus habilidades; que su nombre ruede constantemente por las columnas de los periódicos con el pretexto más fútil ó sin pretexto alguno, y que su actividad, verdaderamente ratonil, y su osadía ó más bien su desvergüenza y su cinismo, suplan la ausencia completa del talento y de la instruccion.

En la redaccion donde *cae* intenta trastornarlo todo, meterlo todo á barato, sobreponerse á sus compañeros, el último de los cuales es una eminencia con él comparado; intriga con el di-

rector ó propietario, con el administrador, con el noticiero; se conquista la animadversion de todo el mundo y por último, ó queda dueño del campo marchándose de la redaccion todo el que vale algo, en cuyo caso llega el periódico hasta un extremo en que no se puede leer (por no escribirse en lengua conocida), ó tienen que echarlo con cajas destempladas por haberse hecho incompatible hasta con el mozo de la redaccion, *ofensa* de la cual se venga con ensañamiento calumniando villanamente al director del periódico, que si cometió alguna falta en su vida fué la de sufrir á este tipo más de ocho dias con perjuicio de sus intereses y de la reputacion de su diario; habla mal de sus antiguos compañeros, tolerantes con él hasta la exageracion, y finalmente hace pasar por el tamiz de su lengua viperina á todas aquellas personas que le han hecho algun favor ó valen más que él: en el segundo caso se halla todo el que tiene sentido comun.

Despues de su campaña periodística que suele ser corta, y cuyo mayor espacio lo ha empleado el *publicista de doublé* en hacer, como él dice, su reputacion, dándose *bombos estrepitosos* (1) en la

(1) Recuerdo uno de estos *bombos*, en el cual se anunciaba una quiscosa del publicista, que terminaba con estas palabras: «La mejor garantía para nuestros lectores es el nombre del autor.»—¡Él mismo lo escribió y ni se ruborizó siquiera!

gacetilla, con incansable afan, y exhibiéndose en todos los círculos como director ó jefe de redaccion del periódico donde escribe, viene á quedar de reemplazo por las razones que apuntadas dejo, y ya decididamente abraza la carrera de literato, en su más alta expresion, escribiendo libros que el público destina luego, si llegan á imprimirse, á usos que aquí no quiero nombrar, ó bien no se dedica fijamente á nada por dedicarse á todo y sigue bullendo y agitándose (en el vacío), aguijoneado por la ambicion de bienestar y de goces materiales que le consume. El elevado espíritu de noble emulacion que ambiciona la gloria por la gloria misma, no por las *utilidades* que de ella se pueden sacar, ese espíritu generoso que ha creado tantos hombres ilustres y tantos beneficios ha hecho á la humanidad, no palpita en el corazon ni en la mente del *publicista de doublé*.

Uno de los negocios que con más tenacidad persigue este tipo es un casamiento, por cálculo, con una mujer rica. Si lo consigue, puede decirse que ha hecho la mitad de la jornada; puede aspirar á una cartera ministerial y hasta conseguirla: frecuentes ejemplos tenemos en España. —En muchas ocasiones, casi siempre, y Dios me perdone el mal pensamiento, la mujer que siendo jóven, hermosa y rica se casa con un hombre

que además de pobre es nécio (necedad que las mujeres distinguen mejor que nadie,) ¡á mí que no me digan! esa mujer..... necesita *editor responsable* y lo compra con su dinero. De lo contrario si es una virtud salvaje, una de esas virtudes que dejan en mantillas á la Lucrecia que sirve de erudicion en estos casos raros de la virtud heróica (porque hubo dos Lucrecias,) esa es más fea que la conciencia de una Traviatta, y lleva en su rostro y en su talle y en todo su ser material el escudo de su virtud.—El *publicista* se ocupa poco, ó no se ocupa nada, de estos detalles, y vá derecho á su negocio. En la cuestion de amores, de amor propio, de fidelidad conyugal, etc., etc., es *tolerante* y verdaderamente *liberal*.

Sea la que fuere su condicion ó estado, rico ó pobre, casado ó soltero, el *publicista de doublé* se encuentra en todas partes, desempeñando cargos públicos, haciendo *discursos*, escribiendo desatinos y molestando, y asombrando á todo el mundo con sus acciones y con su osadía. Él tercia en todos los debates y lleva la contra á todas las ideas, á todos los sistemas y á todas las soluciones. No expone nunca una razon de peso ni un argumento que no esté hasta el infinito repetido; pero grita y gesticula mucho, se escucha á sí mismo con deleite, acaba con la paciencia

del auditorio, y una vez terminada la sesion, ó junta ó lo que sea, su primer cuidado es redactar una gacetilla—circular que envia á los periódicos diciendo que acaba de pronunciar una oracion brillantísima que ha cautivado el ánimo de sus ilustrados oyentes.

En todas sus peroratas, venga ó no á cuento, baraja los nombres de Mirabeau, Montesquieu, Danton, Aristóteles, Platon, Sócrates, Tácito, etc., etc., siendo las más de las veces contraproducentes y negativas las citas con que á manera de empedrado esmalta de autores que ni siquiera ha visto por el forro, las indigestas pláticas ó filípicas que brotan de sus lábios.—Para imprimir sus obras, suele engañar á un impresor á quien no paga jamás, castigando de este modo su candidez, ó algun editor que, adquiriendo el original casi de balde, no pierde más que la mitad del coste de la impresion

«vendiendo al peso la edicion entera
que el autor á su gloria destinaba,
enferma de cuidado la mollera.»

A las obras de estos publicistas se puede aplicar perfectamente el sabido epígrama que dice:

«En un cartelon leí
que tu obrilla baladí
la vende Navarmorcuende:

no has de decir que la vende,
sino que la tiene allí.»

O aquel otro:

«Un escritor de esta edad,
que es un pedazo de atun,
decía con seriedad:

—Yo escribo para el comun.—

Y decía la verdad.»

A pesar de su notoria insuficiencia, de sus grandes defectos de carácter, de la mezquinidad de sus sentimientos y de la ruindad de sus pasiones, logra á las veces abrirse camino, como suele decirse, entre ciertas clases de la sociedad, y hasta ser diputado: de aquí los frecuentes disparates que se oyen en pleno Parlamento. Puede ser ministro, y lo han sido y lo serán muchos *publicistas de doublé*: de aquí las grandes atrocidades y los desatinos sin cuento de los gobiernos de algunas épocas.

La existencia de este tipo es causa perenne de perturbacion y de inmoralidad en las más elevadas esferas de la vida, en las esferas intelectuales, donde

«acólito del génio verdadero,»

como dijo el malgrado Lopez García, y Judas del arte y de la ciencia, como le llama todo el que de veras le conoce, envenena cuanto toca, prostituyendo las ideas que pone al servicio de

su ambicion y de su vanidad, bastarda la primera y ridícula la segunda.

Al fin de su vida, si ha logrado hacer carrera, lo cual no es imposible, nos encontramos con un hombre *respectable*, con una autoridad política ó literaria que nada puede enseñar, porque nada sabe, y cuyo ejemplo puede ser pernicioso á la juventud. Lleva escrito en su memoria un catálogo de signos que nada representan, como dice Rousseau, y las posiciones que ha ocupado y las canas que ostenta, le rodean de cierto prestigio que le hace acreedor á la consideracion pública.—¿Se recuerdan sus vicios y sus debilidades á última hora?—Esto acontece muy pocas veces: por regla general el *publicista de doublé* muere respetado.

Suele tambien acontecer que este tipo acabe sus dias en la oscuridad de que nunca debió salir, detrás del mostrador de una tienda de ultramarinos, utilizando las obras que produjo su locura en envolver *artículos de primera necesidad*.—Este debiera ser siempre su porvenir.



X.

LOS BUFOS.

Un escritor distinguido, Isidoro Fernandez Florez, acaba de celebrar juicio de conciliacion (1) con el introductor en España, puede decirse, de ese contrabando artístico que se llama *género bufo*, y que tanto se explota al presente en el teatro con gran detrimento del buen gusto y de la moral. Comprenderáse desde luego que, al hablar del introductor en España, de eso que algunos llaman caricatura del arte y que ni siquiera merece tal honor, me refiero á Arderius. Sí, señores, el mismísimo Arderius ha demandado de injuria al Sr. Fernandez Florez por un artículo que este publicó en *El Imparcial* criticando y censurando como tuvo por conveniente

(1) 16 de Julio de 1877.

—siempre dentro de la cultura y de la conveniencia—el malhadado género que tan perniciosos efectos ha producido en las costumbres públicas. El hecho me parece aun más risible que las bufonadas que tienen su natural asiento en el circo de Rivas durante la estación de verano, y que han motivado el artículo origen de la querella.

Para que el público pueda medir en justicia hasta donde raya la susceptibilidad del actor, llamémosle así, por la gracia que tienen, por lo gráficas que son y muy especialmente porque sirven á mi propósito, voy á copiar las definiciones acerca del bufo, que han dado lugar al juicio de *conciliacion*. Hélas aquí:

«El bufo es un sér especial, sin clasificacion posible dentro de la nomenclatura del arte.

»No es cómico, aunque representa: le faltan conocimientos universales, delicadeza de sentimiento, espíritu crítico de tiempo, tipos y costumbres; ignora las diferencias psicológicas que existen entre la risa de un sér racional y la mueca de un mono.

»No es cantante aunque canta; una compañía de bufos, filarmónicamente considerada, es una reunion de gatos enamorados.

»No es bailarín aunque baila: mueve las piernas desordenadamente, y sus piruetas son pun-

tapiés dados á la moral. Ignora por completo que la virtud es compatible con la coreografía.

»¿Qué es, entónces? Un farsante de antaño; un gritador de solfa; un clown distinguido.

»Es un industrial del arte, un fenómeno del siglo, una creacion curiosa, original y transitoria; es, en fin, pues así os place, un bufo.»

Como el Sr. Fernandez Florez habia dicho á continuacion de los párrafos trascritos que solo se ocupaba del bufo como *artista* y no como caballero particular, el cual caballero á pesar de su profesion «puede ser hombre honrado, hijo cariñoso, esposo tiernísimo, padre entrañable y amigo fiel,» esto mismo repitió ante el juez de paz (que así se llaman en el mundo los encargados de arreglar las pequeñas diferencias sociales y domésticas), se permitió dirigir un nuevo ataque al *género*, en lo cual hizo muy bien, y el demandante se dió por satisfecho. ¡Es una maravilla!

Para evitar *emplazamientos* ridículos que aunque divirtan pueden robar un tiempo precioso, yo tambien me apresuro á declarar, con la debida anticipacion, que la personalidad del *bufo*, en lo que tiene de privada, es para mí tan respetable como la de cualquier otro ciudadano que sea digno de respeto, debiendo ocuparme tan solo, con un derecho incuestionable y perfecto, de su personalidad *artística*, ya que hemos convenido en

llamarla así; del *género*, de su influencia, de todo aquello, en fin, que al público pertenece y que el público y el crítico pueden apreciar como tengan por conveniente, á ménos que á la anomalía artística no se mezcle la anomalía jurídica, y lleguen los bufos á ser inviolables. En este caso debe añadirse un capítulo á la legislación de imprenta, para que sepamos de una vez cuantas son las cosas y las personas inviolables en nuestro país. Mientras llega ese caso, que me guardaré muy bien de poner en duda, aprovecho la ocasion y me ocupo con entera libertad de los *bufos* y de su *género*, si así puede llamarse á esa coleccion de desatinos sin piés ni cabeza de que se componen las obras de tan *divertido* repertorio.

* * *

La zarzuela, aun en sus producciones más serias y notables, y lo son casi todas las de Ventura de la Vega, puede y debe considerarse como una mixtificacion artística, y el adjetivo de *mixto* que al *género* se ha dado, lo prueba sobradamente. La zarzuela no es una afirmacion en la teoría del arte. La música y la declamacion realizan la belleza separadamente: juntándolas, amalgamándolas para un fin idéntico, no podrán

realizar, no han realizado nunca, la belleza del conjunto, sin la cual ninguna creacion del génio puede aspirar al título de artística en la acepcion formal de la palabra. El recitado ha de perjudicar al canto y el canto al recitado: el uno niega y anula el otro cuando se pretende que coexistan en una misma esfera y para idéntico resultado; por eso, como he dicho, la zarzuela no es una afirmacion en la teoría del arte. Como obra musical no llegará jamás al mérito de la ópera, y como declamacion nunca competirá con el drama. Entrando en la cuestion de puro detalle, vemos que un buen cantante es siempre un mal actor dramático, y viceversa, salvo honrosísimas y contadas excepciones, cuya feliz aptitud se ha prestado al desempeño difícil y variado de ambos géneros simultáneamente.

Como la zarzuela no es un sistema artístico y por tanto no obedece á principios fijos, pasada la impresion de la primera novedad, tenia que morir ó decaer visiblemente hasta degenerar en lo grotesco. Esto último fué lo que por desgracia sucedió. La zarzuela séria, llamémosla así, engendró la zarzuela bufa. La consecuencia era natural, lógica la transicion, con mucho más motivo y con mayor rapidez efectuadas, cuanto más escasearon los autores que con su génio die-

ronvida artificial y aparente á lo que en realidad no tenia condiciones de existencia. Todavía se defiende, aunque trabajosamente y á condicion de transigir con el género bufo, lo que un tiempo se llamó zarzuela séria; pero ni quedan artistas que puedan interpretar lo bueno del repertorio (bueno relativamente), ni ménos existen autores capaces de cultivar el género de *Jugar con fuego* ni, finalmente, la zarzuela

renace cual ave fénix
de entre sus propias cenizas.

La explotacion del género *mixto*, en el único sentido que ya puede explotarse, pertenece de hecho y de derecho á los bufos. No vivirán mucho, pero por el pronto son dueños del campo.

* * *

El bufo más perfecto es á lo sumo comparable al torero de aficion que nunca se ha puesto delante de la fiera y cuyo *ejercicio* no pasa del *Café Imperial*. Se conoce que es torero en el traje y en la *coleta*: por lo demás no entiende una palabra del arte taurino (que arte se llama tambien en España la brega infernal de lidiar y matar toros), y se veria en grandísimo apuro si se le exigiera la más pequeña *suerte*, aunque se tra-

tara no de un toro, sino de un mansísimo borrego. Exactamente lo mismo que el bufo: se le conoce por actor y por cantante, únicamente porque sale á las tablas á la manera de los que ejercen con cabal conciencia dicha profesion; pero una vez en ellas (en las tablas) está á mil leguas del más leve detalle artístico. El torero de aficion que no ha llegado ni llegará á ejercer, tiene una ventaja indudable sobre el bufo. Su pantalon ajustado, su chaquetita corta, su sombrero de anchas alas, y otra porcion de rasgos y detalles característicos del oficio, le dan todo el aspecto de un torero de verdad, y por tal le tiene el público *indocto* que no asiste á la fiesta tradicional. El bufo ni siquiera es artista en la apariencia. Si á su aire y á su figura nos atenemos, más parece ramplon hortera de la calle de Toledo ó trajinante de aldea de la vieja Castilla que artista lírico ó dramático. Su facha es innoble, si se permite la expresion, y hasta creo que esto es obra suya para estar en carácter, porque no se permitiria de ninguna manera un bufo elegante. No hay que compararle, si se quiere huir del error, con el clown de las compañías acrobáticas: es simplemente el antiguo payaso de las cuadrillas de tiriteros, que no es lo mismo aunque lo parezca.

Por su apostura ridícula, por su completa ig-

norancia en las cuestiones de arte y por cierta predisposicion especial que escapa á toda definicion, el bufo es perfectamente grotesco y realiza su mision haciendo reir á ese público insustancial y ligero, cuyo paladar se ha extragado hasta el punto de ser indiferente al sentimiento estético sin poder mantenerse en los límites de lo cómico. Una comedia de Breton ó de Olona, resulta *simple* en la actualidad, aunque se encarguen de su interpretacion actores de reconocido mérito. Ni ese género ni esos actores, hacen ya las delicias de nuestro público que aún encuentra un tanto seria *La vuelta al mundo*. El público de hoy no quiere arte, en ninguno de sus aspectos, y gusta solo de *mostaza*. La *mostaza* son los bufos y las quisicosas que éstos representan, con su acompañamiento de *can-can* y sus chistes obscenos.

Lo mejor de los bufos son las bufas, ó más propiamente dicho las suripantas. Eusebio Blasco ha reclamado para sí la gloria de haber inventado la suripanta, es decir, la suripanta, precisamente, no: la denominacion, la palabra. No creo que nadie le dispute tan alto honor. Blasco dice que tal nombre, genérico al presente, es una caricatura del idioma griego, á lo cual no me opongo ni ustedes tampoco, ¿verdad? De las primeras suripantas españolas, dice el autor de

El Joven Telémaco hablando del estreno de ésta que él, con la modestia debida, llama quisicosa:

«Cantaban el coro dos docenas de muchachas *bonitas*, jóvenes y primerizas en esto del cantar á coro. Ni habian sido nunca coristas, ni pisó ninguna de ellas hasta entónces el tablado.»

¡Esto es hablar! Con esa sola pincelada están retratadas á la perfeccion las muchachas *bonitas que hacen* de coristas en las compañías de bufos. No necesitan saber cantar: basta con que sean muchachas y..... *bonitas*. Por eso se oye decir con frecuencia siempre que Arderius viene á Madrid y se dispone á dar la batalla de verano: «¡*Valiente personal* tienen los bufos este año!» «Es cosa *que dá el ópio*.»—Aunque no dé el *ópio* el personal femenino de Arderius, que dar *eso* seria una barbaridad, es lo cierto que dá mucho que hacer á los *siete-mesinos*..... y á muchos que no lo son por la edad aunque sí por el *corte*.

Hay quien asegura que las suripantas no están completamente fuera del actual *movimiento* político-filosófico. Por de pronto proclaman y practican la libertad de *enseñanza* con todas sus consecuencias. El ejercicio de esta libertad ha privado en ocasiones á las señoras un poco pudorosas del gusto de asistir á las exhibiciones bufas de cierto género; pero tales miramientos han pasado, como insulsa *mogigatería*, y actualmente

asisten las señoras y hasta las señoritas, sin el menor escrúpulo á espectáculos como *Genoveva de Bravante*, que es de lo más *fuertecito* del género. Las obras son las mismas, las *ejecuciones* no han variado en nada: luego se ha modificado la sociedad. No es que los bufos hayan entrado en el público, es que el público ha entrado en los bufos: lo cual es muy distinto.

Que los bufos son piedra de escándalo y gérmen fecundo de inmoralidad, nadie que tenga sentido comun, ó buen sentido, puede ponerlo en duda: por eso causará verdadero asombro en la generacion futura el saber que en el último tercio

de este siglo que llaman de las luces
sin duda por el gas que descubriera,

el padre de los bufos, el bufo máximo lleva á un escritor público ante los tribunales de justicia, porque este escritor se permite decir que tal género es causa de inmoralidad en las costumbres. Acaso el famoso Darwin, autor de *El origen de las especies*, logre averiguar la procedencia del bufo, y por el hilo se pueda sacar el ovillo, es decir, averiguando de qué materia ó materias se compone la masa encefálica de este sér, se obtenga la explicacion satisfactoria de tan

inusitado hecho, y de otros fenómenos y misterios (todos relativos al mismo asunto) ante los cuales se detiene como avergozada y confusa la ciencia de la naturaleza, ó si ustedes quieren del naturalismo.

Con asistir á una sola representacion de los bufos, se adquiere la debida experiencia acerca de la moralidad del *género*. Y si en vez de asistir al espectáculo de telon afuera gusta el observador penetrar los misterios de bastidores y se queda detrás de la cortina, y traba cualquiera clase de amistad con cualquiera de las *artistas* de la compañía, el estudio puede ser perfecto, aunque la enseñanza sea, en ocasiones, dolorosa. Los bastidores de cualquier teatro, aún de aquellos destinados á la representacion de obras morales, son, sin excepcion alguna, el fundamento de la crónica escandalosa con que se nutren, moralmente, las personas formales que forman círculo en derredor de los coliseos de Madrid. En cuanto á los bastidores del teatro de los bufos, no son comparables con *nada*. Las escenas que allí se verifican de ordinario, son más para contadas al oido que para descritas en letras de molde. No hace mucho tiempo (ahora tres años, si la memoria no me es infiel) prohibió Arderius terminantemente la entrada al escenario; y ¿qué sucedió? Que las personas que allí pasaban el

rato, especialmente los *siete-mesinos*, daban un escándalo todas las noches, silbaban las zarzuelas, las gritaban, las *pateaban*; hubo *graves* conflictos entre el público y la autoridad, se batió un periodista con un sócio del *Veloz-Club*, y, al fin y al cabo tuvo que ceder la empresa permitiendo nuevamente el paso á los bastidores á tan ilustrado concurso.

Si me fuere dado penetrar en la conciencia del bufo, en su íntimo pensamiento, trataria de averiguar cómo un hombre que tan celoso de su dignidad se muestra, que lleva á los tribunales á un escritor porque tacha de inmoral el género que cultiva, se presta luego, en el ejercicio de sus funciones, á representar tan desdichado papel, contribuyendo á la desmoralizacion del modo y en la forma que lo hace. Averiguaria asimismo qué entiende por moral y qué fin se propone en el desempeño de su cometido aparte del de ganar la subsistencia; pero como esto no es fácil, ni tampoco permitido, entrego sus actos exteriores al juicio público, y que éste dicte la sentencia que estime oportuna.—En cuanto á la bufa, á la suripanta.... peor es *meneallo*.

XI.

LOS SIETE-MESINOS.

No vamos á ocuparnos en estas líneas de esos niños que vienen al mundo dos meses ántes de la época marcada por la naturaleza como término de la gestacion de la mujer. Los siete-mesinos de que nosotros tratamos son unos niños grandes, empalagosos, pesados como las moscas, molestos como el martilleo de un yunque, é insulsos como el agua de noria. El delicioso tipo del siete-mesino es un engendro novísimo de nuestra sociedad actual. Al último cuarto del siglo XIX, del siglo más filosófico, más pensador y más culto de la Era moderna, le cabe la gloria de haber producido esa especie de mono bípedo, amalgama enfadosa de todo lo que es ridículo y necio. El siete-mesino, para completarse, necesi-

ta la colaboracion del sastre y del peluquero: sin el auxilio de estos dos apreciabilísimos artistas quedaria reducido á tan exiguas proporciones, que apenas si podria reconocérsele como individuo de la especie humana. Tiene su sér moral; pero tan eclipsado por el físico, que para llegar á él necesitaremos empezar describiendo su persona y trage, ó mejor dicho, su trage y persona, porque en el siete-mesino el *trage* lo es todo.

Colocad sobre un cuerpo lácio y desmalazado un pantalon ancho, muy ancho, de tela *llamativa*, género *novedad*, un chaleco largo, un chaqué corto, muy corto, reducido á su más mínima expresion, todo, por supuesto, de la misma tela, *alta novedad*: añadid á estas tres prendas una camisa cuyos puños y cuello sean enormes; una cadena de reloj del grueso de una soga de pozo, de la cual pendan tres ó cuatro diges de gran tamaño: poned en sus piés, aunque son grandes, unas botas microscópicas — el siete-mesino ha resuelto en este punto el problema de que el continente sea menor que el contenido;—adicionad un baston con puño extravagante, un sombrero inverosímil, una corbata á la *dernier*; embudid dentro de todo este extraño equipo una figura insignificante, de modales afectados, de cara insípida, de frente estrecha y semicubierta por rizos amanerados que añaden algunos qui-

lates más de estupidez al semblante, y tendreis completo el tipo físico del siete-mesino.

Nuestros vecinos de allende los Pirineos han bautizado á este ente ridículo con el gráfico nombre de *gomoso*, ó más bien hombre de *pez*, calificativo tan *sui generis*, que dice él solo todo lo que de molesto tiene en sociedad.

Su pretendida elegancia no consigue serlo real nunca, y por lo mismo este tipo no tiene cabida en ninguna de las clasificaciones que durante los dos últimos siglos se han venido haciendo de los jóvenes á la moda.

El siete-mesino no se parece en nada ni al *incroyable* de fines del siglo XVIII, ni al *currutaco* de la revolucion francesa, ni al *petrimetre*, ni al *lechuguino* de principios de este siglo, ni al *dandy* del romanticismo, ni al *lion* de 1840 á 1860, ni, por último, al verdadero elegante de todos los tiempos.

Aquella juventud dorada, que bullia y se agitaba en los salones, en los paseos y en los teatros, imponiendo la moda, haciendo hablar de sus trages, de sus trenes y de sus conquistas, tenia razon de ser, y llenaba en la vida social, en su parte escénica, digámoslo así, el mismo objeto que llena el césped en los cuadros de un jardin y el follaje colocado en derredor de un ramillete. Éste y aquél contribuyen á que las flores resal-

ten más: rompen la monótona uniformidad de los colores, y, por último, dan frescura y novedad al paisaje, y elegancia al ramo.

La pulcritud, la esquisita elegancia de los trajes, la finura un tanto exagerada en las maneras, el minucioso cuidado de elegir la última moda para exhibirla en los salones y en los paseos, y el desenfado de buen gusto con que trataban de imponerse, no carecía por completo de atractivo: haciendo el efecto de sombras, permitían que del cuadro social se destacasen con mayor energía las figuras de los hombres graves y pensadores: su conversacion trivial entretenía á las madres, hacia sonreír á los ancianos y distraía á las niñas: eran, en fin, el gérmen de ciudadanos sensatos atravesando ese período de transición entre la juventud y la virilidad con todos sus defectos, y al mismo tiempo con todo su encanto. Mariposeando en paseos y teatros, hacían asomar una sonrisa á los labios de quien les escuchaba, pero no un bostezo de fastidio, ni un gesto de desagrado, porque sus impertinencias no eran ni cínicas, ni insulsas. Ahora bien, ¿podría decirse algo parecido de nuestros siete-mesinos?

Ya conocemos su físico: veamos su moral.

Burlon sin gracia, calumniador por necesidad y desprovisto de todo sentido moral, el siete-me-

sino, ataca sin valor la reputacion de las mujeres que tienen á sus ojos el imperdonable defecto de no poderles sufrir; sus sátiras carecen absolutamente de toda sal ática, dando la medida de su vacia mollera; pero como esto no lo conocen, ni pueden suponerlo de sí mismos, se asombran de no producir efecto, y lo achacan á necesidad en los otros, quedando satisfechos con tal descubrimiento.

Si no fuera grotesco, el siete-mesino tendria algo de cómico; pero ha degenerado en bufo: una especie es digna de la otra, y como plantas gemelas, se han desarrollado en el mismo período, y en iguales ó parecidas proporciones.

Impertinente hasta atacar los nervios de la persona más flemática, el siete-mesino se presenta en todas partes con el aplomo de la ignorancia. En los paseos habla alto con otros entes como él, porque casi nunca va solo: señala con la mano, ó con el baston á las mujeres; rie á carcajadas; cuenta aventuras inverosímiles, de las que dice haber sido el héroe, y haciendo gestos y contorsiones, procura llamar la atencion, y consigue que todo el mundo le abra paso por no marchar á su lado.

Miradle entrar en los cafés más concurridos. En lugar de sentarse se tiende en las banquetas: llama al mozo golpeando la mesa con el puño

del baston, y pide dos ó tres cosas con nombres raros en inglés ó francés, concluyendo por tomar media copa de rom, ó marchándose sin haber hecho otro gasto que el de algunos vasos de agua.

Concorre asiduamente á los teatros; pero sólo en el de los bufos, y sobre todo entre bastidores, está en su centro. Las suripantas hacen sus delicias, y se aprende de memoria los *couplets* de color más subido para despues tararearlos, mientras ocupa una silla en el Prado ó en los jardinillos de Recoletos.

Acude á los teatros de verso para tener el gusto de hablar de toros, de perros y de caballos durante la representacion, haciendo las delicias de los que se encuentran cerca de él, que suelen callarse prudentemente por no armar querella con algo parecido á un hombre; pero ya más de una vez ha sucedido que, exaltada la bilis del pacífico espectador, el siete-mesino ha recibido una leccion merecida.

Sus escaramuzas amorosas concluyen frecuentemente en descalabros, porque las mujeres rechazan por instinto á este ente ridículo, mientras él, herido en su vanidad, se venga alabándose de triunfos en los que nadie cree.

La profesion del siete-mesino es la de no tener ninguna, y por lo tanto este *tipo* pertenece, en